

PUBLICIDAD

Tierras conquistadas: la arquitectura colonial occidental en Oriente Próximo y la producción de catástrofe geopolítica

La crisis de la hegemonía estadounidense y el hundimiento irreversible de toda pretensión de universalismo y de un orden internacional basado en normas política y moralmente vinculantes



Miles de manifestantes se reúnen en la Praça Roosevelt, en São Paulo (Brasil), para exigir el fin inmediato del genocidio de Israel en Gaza y la ruptura total de las relaciones diplomáticas con Brasil el 15 de junio de 2025 - Cris Faga / Zuma Press / ContactoPhoto



A los vencedores, el botín. Hace cien años, tras el fin de la Primera Guerra Mundial, el Imperio británico y su aliado francés desmembraron el antiguo mundo árabe dominado por los otomanos y crearon nuevos países (Iraq, Líbano, Arabia Saudí), principados y puestos avanzados (los Estados del Golfo, el sur de Yemen) y Estados títeres (Egipto, Irán), además de sentar las bases sobre las que se construiría Israel tras la Segunda Guerra Mundial.

A los vencedores, el botín. Aproximadamente cien años más tarde, tras el colapso del mundo comunista, Estados Unidos, triunfante, se apresuró a balcanizar el mundo árabe y eliminar todas las amenazas reales e imaginarias a su hegemonía. El recuento de las guerras del siglo XXI, que han devastado Oriente Próximo, ofrece un balance aterrador, analizado desde cualquier punto de vista. ¿Cómo ven los estrategas imperiales de Washington la situación que han creado? La «libertad» y la «democracia» son aún más remotas que bajo las dictaduras árabes autoritarias y nacionalistas. Incluso a los más cínicos

ocupantes de la Casa Blanca y del Pentágono les resulta difícil justificar públicamente el desastre que han causado.

Solo durante el último año, el segmento palestino ocupado del mundo árabe ha sido objeto del ataque más brutal imaginable por parte de Occidente, que ha actuado mediante su siempre leal dispositivo, Israel. Las cruzadas medievales fueron brutales, pero la falta de superioridad técnica en las armas de ambos bandos dio ventaja a los árabes, que luchaban en su propio territorio. Esta vez, Israel y sus aliados occidentales han estado matando de hambre y asesinando a la población palestina. Las imágenes de cadáveres de bebés devorados por los perros que deambulan por calles desiertas son un símbolo escalofriante de la naturaleza total de esta destrucción. El primer ministro británico ahora quiere convencer a Trump de que cambie la definición de genocidio para evitar futuros bochornos legales. La civilización/barbarie occidental en acción. Curiosamente, a juzgar por sus propias declaraciones, Trump podría estar menos interesado en matar que el líder del Partido Laborista británico.

A primera vista, la hegemonía estadounidense en la región es prácticamente total. Estados Unidos se embarcó en una política global de dividir, ocupar, comprar y gobernar. Lo que

comenzó en serio con la guerra civil yugoslava se ha convertido ahora en una característica habitual de la estrategia estadounidense, apoyada por Gran Bretaña y la mayor parte de la Unión Europea. Las ganancias obtenidas por Occidente en la zona energética más rica del mundo desde la derrota de las potencias del Eje en 1945 han sido impresionantes. Un breve repaso de la región puede ayudar a poner de relieve lo que se ha perdido y señalar la dirección en la que esta se encamina.

Arabia Saudí

La primera llamada internacional que realizó Trump tras su investidura en 2025 fue al príncipe heredero saudí, Mohammed bin Salman. Pocos se sorprendieron. Es cierto que el príncipe heredero había ordenado la ejecución y el desmembramiento de un periodista crítico, Jamal Khashoggi, que apoyaba a otra facción de la familia real y escribía regularmente en la prensa estadounidense, criticándole por su ultraliberalismo y su implicación en la guerra de Yemen. La familia de Khashoggi había sido ridiculizada en *Ciudades de sal*, la célebre tetralogía del novelista saudí exiliado Abdurrahman Munif^[1]. El tío de Khashoggi era el médico

personal del monarca fundador de la dinastía, Ibn Saud, y se convirtió en un rico e influyente hombre de negocios. Esta proximidad a la realeza saudí y jordana llevó a Jamal a imaginarse que era intocable, un error de juicio que le costó la vida. Se dirigió alegremente al consulado saudí en Estambul para recoger un documento oficial. Capturado por un equipo de asesinos de Mohammed bin Salman, o *firqat el-nemr* («escuadrón leopardo»), fue asesinado a tiros y descuartizado, y sus restos fueron empaquetados cuidadosamente en paquetes separados. La policía secreta turca filmó todo el asunto, ya que el consulado estaba, como es lógico, bajo vigilancia. Impidieron que los restos de Khashoggi salieran del país y Erdoğan expuso al Príncipe Leopardo al escrutinio mundial. Sus colegas estadounidenses se declararon conmovidos y Khashoggi apareció en la portada de *Time* con un obituario en consonancia, pero Mohammed bin Salman estaba a salvo. El alboroto pronto se apagó. Con los israelíes matando a más de doscientos periodistas palestinos en Gaza, un saudí solitario, a pesar de los contactos de la víctima en la alta sociedad de Riad y Washington, parece una bagatela.

Si Diario Red puede publicar lo que casi nadie más se atreve, con una línea editorial de izquierdas y todo el rigor periodístico, es gracias al apoyo de nuestros socios y socias.

Apoyar ahora

Los cínicos saudíes que apoyan a Mohammed bin Salman podrían señalar que la modernización de Arabia Saudí siempre ha requerido la eliminación de los disidentes. Cuando los británicos crearon el reino tras la Primera Guerra Mundial, sus estructuras fueron diseñadas por St. John Philby, agente de la inteligencia británica. Hablaba árabe con fluidez y era experto en la interpretación del Corán, consitiendo su misión en la búsqueda de aliados fiables contra el Imperio otomano. Eligió la secta islámica más fanática que existía, los wahabíes, y la unió a una tribu local fácil de controlar liderada por unos dirigentes mediocres, rechazó y aisló a los no wahabíes más capaces de la península y volvió esa combinación contra el Imperio otomano. Los wahabíes consideraban enemigo al

islam mayoritario, tanto suní como chií. Se colocó a personal clave en la nómina imperial británica. Fue un golpe maestro; los descendientes tardíos de este matrimonio –los restos de Al Qaeda y del ISIS– continúan hoy con la misma tradición.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña entregó el reino a Estados Unidos. La ceremonia tuvo lugar el día de San Valentín de 1945. El lugar elegido fue el USS *Quincy*, atracado en el canal de Suez. El presidente Roosevelt y el rey Ibn Saud firmaron un concordato, que garantizaba el mandato perpetuo de una sola familia. Frank Delano Roosevelt mantuvo la monarquía como salvaguarda contra las amenazas radicales nacionalistas y comunistas, que ya flotaban en el aire[2]. Estos asuntos no se discutieron. En su lugar, Roosevelt abrió la conversación en el USS *Quincy* preguntando al rey su opinión sobre los refugiados judíos en Europa. ¿Qué hacer? El memorándum de la conversación nos informa al respecto:

El presidente solicitó a Su Majestad su opinión sobre el problema de los refugiados judíos expulsados de sus hogares en Europa. Su Majestad respondió que, en su opinión, los judíos deberían regresar a vivir a los países de los que habían sido expulsados. A los judíos cuyas casas hubieran sido completamente destruidas y que no

tuvieran posibilidades de ganarse la vida en sus países de origen se les debía proporcionar un lugar donde vivir en los países del Eje, que los habían oprimido. El presidente señaló que Polonia podía considerarse un caso paradigmático. Al parecer, los alemanes habían asesinado a tres millones de judíos polacos razón por la cual debería haber suficiente espacio en Polonia para proceder al reasentamiento de muchos judíos sin hogar [...][3].

Ibn Saud quería garantías de que los judíos no se apoderarían de las tierras árabes: «Su Majestad declaró que la esperanza de los árabes se basa en la palabra de honor de los Aliados y en el conocido amor por la justicia de Estados Unidos, así como en la expectativa de que Estados Unidos les apoyará».

Los hijos de Ibn Saud gobernaron el Estado con mano de hierro. En la década de 1950 el rey y sus príncipes comenzaron a intentar aumentar su participación en los ingresos procedentes de la producción petrolera saudí, cuya gestión correspondía a la empresa Aramco, controlada por Estados Unidos, que se encargaba de reprimir brutalmente las huelgas, deportar a los trabajadores a sus países de origen y prohibir la entrada a los empleados saudíes al cine de la empresa. Prevalían las leyes segregacionistas cortadas por el patrón

estadounidense del sistema de Jim Crow. No es de extrañar, dado que una gran parte de los empleados estadounidenses blancos pertenecían al Ku Klux Klan. La ola anticolonial que barrió el mundo árabe no dejó indiferente al reino. En 1956 el líder egipcio Gamal Abdel Nasser desafió a Gran Bretaña y Francia, nacionalizó el canal de Suez y declaró: «Que los imperialistas se ahoguen en su rabia». A ellos se unió Israel, que llevaba ocho años constituido como Estado, y las potencias imperiales invadieron Egipto. En *America's Kingdom*, Robert Vitalis ofrece un análisis único de este periodo en el que destruye muchos de los mitos vigentes sobre el asunto[4]. Las dos figuras saudíes que salen mejor paradas son el exministro de Petróleo, Abdullah Tariki, y el veterano diplomático saudí, Ibn Muammar. Tariki, un tecnócrata inteligente, hábil e incorruptible, abogó por la nacionalización del petróleo saudí a finales de la década de 1950 y fue demonizado por Aramco. Ambos hombres defendieron firmemente los intereses saudíes frente al gigante petrolero estadounidense desde el principio.

Tariki contribuyó a dividir a la familia real, exponiendo públicamente la corrupción del entonces príncipe heredero Faisal. En 1961 Tariki y el príncipe disidente Talal, partidario del

nacionalismo árabe, acusaron a Faisal de exigir y obtener una comisión permanente de la Arabian Oil Company (AOC), de propiedad japonesa. La historia se hizo pública en un periódico de Beirut. Faisal, enfurecido, lo desmintió y exigió pruebas, que fueron proporcionadas. Faisal quedó en evidencia. Tariki fue destituido y huyó al exilio. Vitalis nos informa de que un espía de Aramco, que se reunió con él durante su estancia en El Cairo, informó a sus superiores del siguiente modo:

Le pregunté cómo se imaginaba un cambio de régimen. Me respondió que sería muy sencillo. Un pequeño destacamento del ejército podría hacerlo matando al rey y a Faisal. El resto de la familia real saldría corriendo como conejos asustados. Entonces, los revolucionarios pedirían ayuda a Nasser[5].

Esta opción ya no es válida, pero el caos continuo en la región podría desestabilizar el reino, como ocurrió tras el 11-S (ataques orquestados por Osama bin Laden y llevados a cabo principalmente por ciudadanos saudíes).

El rey Faisal fue asesinado en 1975 por un sobrino, también llamado Faisal, que había estudiado en Berkeley y en la Universidad de Colorado Boulder a finales de la década de

1960. Sin embargo, él había sentado las bases de la actual Arabia Saudí, optando por utilizar el wahabismo para garantizar el control social. Aunque su hermano y su padre habían intentado antes que él institucionalizar las creencias wahabíes, se habían mostrado no obstante más flexibles al respecto. Tras la primera Guerra del Golfo en 1990, llegaron las tropas estadounidenses; las bases estadounidenses en Arabia Saudí y Qatar se utilizaron para lanzar la guerra contra Iraq. Históricamente, los ejércitos extranjeros han proporcionado cierto tipo de protección; la teología wahabí, otro.

Durante casi un siglo, el reino wahabí ha servido a los intereses de Occidente

Durante casi un siglo, el reino wahabí ha servido a los intereses de Occidente. Mohammed Bin Salman es el nieto de su fundador. A su padre, Salman (nacido en 1935), no le quedan muchos años de vida y, salvo que se produzca una guerra civil, poco puede impedir que Mohammed bin Salman se convierta en rey. Incluso en el improbable caso de que surgiera una oposición interna, cuenta con el firme respaldo de Estados Unidos e Israel, así como de Jordania y los Emiratos Árabes Unidos (un amigo qatarí bromeó una vez diciendo: «Somos los

Emiratos Árabes Unidos de América»). Mohammed bin Salman se preparaba para sellar un pacto con su rival para ganarse el afecto de Estados Unidos en la región, pero Israel le falló al reaccionar al ataque de Hamás del 7 de octubre con una respuesta genocida en toda regla, aislándose de la mayoría del mundo no occidental. Los saudíes no hicieron nada. Su pequeño rival, Qatar, les eclipsó una vez más: las imágenes y la información de Al Jazeera contrastaban con las noticias falsas de las cadenas occidentales. Si no hubiera sido por Gaza, no hay duda de que Mohammed bin Salman y Netanyahu ya habrían llegado a un acuerdo. Y lo harán.

Egipto

Desde la década de 1970, Egipto ha sido el mayor caso de éxito de Estados Unidos en Oriente Próximo. Las conversaciones en los cafés de El Cairo suelen estar salpicadas de fechas en lugar de años. El día en que el rey Farouk fue derrocado por una rebelión de oficiales radicales. El día en que Nasser nacionalizó el canal de Suez. El último día de la Guerra de los Seis Días, que marcó el fin virtual del nacionalismo árabe. Anwar Sadat, sucesor de Nasser, tomó el poder en 1970, luchó contra Israel en 1973 y luego hizo «las paces» con él en Camp

David en 1978. Tres años más tarde, fue asesinado a tiros por soldados durante un desfile militar, que conmemoraba el aniversario de la guerra de Yom Kippur. Su sucesor, el vicepresidente Hosni Mubarak, escapó por los pelos con vida del atentado[6]. Mubarak profundizó las relaciones con Israel, prohibió el uso de munición real en los desfiles ceremoniales y se instaló para disfrutar de los frutos corruptos de una dictadura brutal. Su nombre pasó a ser sinónimo de tortura, amoralidad, cinismo, hipocresía, corrupción, codicia y oportunismo y, lo que es más importante, de lealtad ciega a Estados Unidos e Israel. El Alto Mando del Ejército egipcio no siguió este camino de forma involuntaria. Aceptaron venderse. En 2024 el ejército ha recibido 1,3 millardos de dólares.

En 2011 el movimiento popular conocido como la Primavera Árabe estalló en Túnez, derrocó al dictador y se extendió rápidamente a Egipto. Con su cuartel general en la plaza de Tahrir, la lucha para derrocar a Mubarak resultó ser enormemente popular. Una vez que esto quedó claro, los Hermanos Musulmanes se unieron a la lucha. El espectáculo en la plaza fue retransmitido en directo por Al Jazeera. Había una sola reivindicación: «¡Democracia!». El ejército egipcio estacionó sus tanques en la plaza y fue recibido por los

estudiantes como el salvador de la democracia. «El ejército y el pueblo son uno» se convirtió en un canto popular, pero era más una expresión de esperanza que una realidad.

Mubarak pidió ayuda a sus amigos en Estados Unidos e Israel. Los Clinton intentaron salvarlo, pero era demasiado tarde. El ejército se dio cuenta de que, para preservar su propio poder, Mubarak tenía que irse. Los líderes militares del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas que tomaron el mando no albergaban ninguna ilusión respecto a la democracia. Se dedicaron a dividir a las masas, atacando especialmente a las mujeres. Por su parte, el movimiento no ocupó el edificio de la televisión estatal egipcia, situado justo detrás de la plaza de Tahrir para difundir sus reivindicaciones y hacer oír la voz del pueblo día y noche. La conciencia política creció a pasos agigantados, pero la «revolución» fue extremadamente cautelosa. La libertad ocupaba un primer plano, pero la fraternidad (la unidad árabe) y la igualdad (la justicia social) permanecían en segundo plano. Estados Unidos e Israel habían respaldado la dictadura de Mubarak, pero apenas se veía oposición contra ellos: no se quemaban banderas estadounidenses, no se veían banderas palestinas, no se exigían elecciones a una asamblea constituyente para

preparar una nueva constitución. Las fuerzas de izquierda eran minúsculas. Los liberales dominaron el espectáculo antes de que los Hermanos Musulmanes decidieran unirse, liderados por Mohammed Morsi, a la revuelta. Se convirtieron entonces en la única fuerza política seriamente organizada. Sus líderes más brillantes, con cierta idea de estrategia y táctica política, habían sido expulsados, dejando al mando de la organización a un estrato extremadamente mediocre.

Como escribí en su momento, aunque las revueltas árabes se asemejaban a las de Europa en 1848, no todos y cada uno de los asuntos sustantivos pertinentes se pusieron en tela de juicio:

Los derechos sociales, políticos y religiosos están siendo objeto de una feroz controversia en Túnez, pero aún no en otros lugares. No han surgido nuevos partidos políticos, lo que indica que las próximas batallas electorales serán una contienda entre el liberalismo árabe y el conservadurismo encarnado por los Hermanos Musulmanes, que siguen el modelo de los islamistas, que ahora ocupan el poder en Turquía e Indonesia, alineados en ambos casos con Estados Unidos[7].

La hegemonía estadounidense en la región se había visto ligeramente mermada, pero nada más; el daño era fácil de reparar. Los regímenes posdespóticos seguían siendo débiles. A diferencia de lo que ocurrió en Venezuela, Bolivia y Ecuador, en ningún caso surgieron nuevas constituciones capaces de consagrar las necesidades sociales y democráticas. Los militares en Egipto y Túnez se aseguraron de que no ocurriera nada precipitado. Los Hermanos Musulmanes ganaron las elecciones y Morsi se convirtió en presidente, pero ello resultó inútil en todos los frentes. Se ofreció muy poco al pueblo y los Hermanos Musulmanes se volvieron impopulares. El ejército tomó el poder y el general Sisi, un antiguo jefe de los servicios de inteligencia, organizó unas elecciones rápidas en las que obtuvo el apoyo de los liberales.

Sisi sigue en el poder, siendo ahora más impopular que Mubarak, y hace lo que le ordenan Washington y Jerusalén. El culto que se le ha creado es grotesco, viéndose sujetadores y ropa interior masculina con su imagen estampada. La euforia liberal no duró mucho. Ahora Sisi es odiado por amplios sectores de la población, lo cual le hace temer la acogida de un millón de habitantes de Gaza expulsión de población necesaria para vaciar la Franja por orden de Estados Unidos e Israel y

entregarla al mercado inmobiliario mundial. Si lo hiciera, podría verse obligado a buscar asilo en otro lugar. Y aunque los pueblos árabes se han mostrado cautelosos desde 2011, no hay que dar por sentada su pasividad.

La Primavera Árabe varió de un país a otro, pero en ningún lugar desafió el sistema. Era reconfortante pensar en los levantamientos como revoluciones, pero nunca se llegó a esa etapa. Los levantamientos de masas por sí solos no constituyen una revolución, es decir, la transferencia de poder de una clase social a otra o incluso de un estrato social a otro conducente a un cambio fundamental. El tamaño real de la multitud no es un factor determinante. Solo cuando la mayoría desarrolla un conjunto claro de objetivos sociales y políticos un levantamiento puede convertirse en una revolución. Si no es así, esa mayoría siempre será superada por quienes sí lo hacen o bien será aplastada por el Estado, que actuará rápidamente para recuperar el terreno perdido.

El Egipto posterior a 2011 ha sido el ejemplo más claro de ello. Nunca surgieron órganos de poder autónomo. Los errores de los Hermanos Musulmanes incluyeron el faccionalismo, la estupidez y el exceso de celo por tranquilizar a Estados Unidos, Israel y los aparatos de seguridad nacional a los que

aseguraron que todo seguiría igual. En cuanto a una asamblea constituyente, apenas se pensó en ello, ni en Egipto ni en otros lugares. Cuando estallaron nuevas movilizaciones masivas contra Morsi, todavía mayores que las que propiciaron el derrocamiento de Mubarak, la izquierda sugirió que parte de quienes engrosaban la multitud eran unidades del ejército y de la policía vestidos de civil. Otros ya veían al ejército como su salvador y, en más de una ocasión, aplaudieron la brutalidad de los militares contra los Hermanos Musulmanes. ¿El resultado? El *ancien régime* no tardó en volver al poder. Si lo primero no fue una revolución, lo segundo difícilmente puede considerarse una contrarrevolución. Simplemente, los militares reafirmaron su papel en la política nacional. Fueron ellos quienes decidieron primero derrocar a Mubarak y luego a Morsi.

¿Quién los derrocará a ellos? ¿Otra movilización masiva? Hasta el ataque israelí contra Gaza, respaldado por Occidente, era difícil de imaginar. Los movimientos sociales incapaces de desarrollar una política independiente están condenados a desaparecer. Pero, contrariamente a lo que parece, Gaza ha reavivado la conciencia política. El ejército permitió algunas grandes manifestaciones a favor de Palestina, lo que permitió

a la gente dar rienda suelta a su ira, pero ello también contribuyó a centrar la atención en las debilidades del ejército y en la vergüenza que había causado al país por su total incapacidad para ayudar a los habitantes de Gaza. Netanyahu tenía a los generales egipcios bajo su yugo. Y no solo a ellos. Jordania no prohibió las manifestaciones masivas, pero no hizo nada por los palestinos. Los saudíes y sus primos del Golfo se vieron afectados por la autoparálisis. Algunos ruidos amistosos. Poco más. Nunca antes los líderes del mundo árabe habían estado tan unidos detrás de la bandera estadounidense mientras su pueblo era masacrado.

Libia

En Libia el antiguo régimen fue destruido por la OTAN tras seis meses de bombardeos en los que murieron en torno a 50.000 personas. Hay pruebas convincentes de que Gadafi estaba dispuesto a negociar y ofreció numerosas concesiones a su propio pueblo y a Occidente. En su libro *Loved Egyptian Night: The Meaning of the Arab Spring*, Hugh Roberts ha demolido eficazmente el argumento de la «intervención humanitaria» que defendían la asesora de Obama, Samantha Power, y algunos de sus seguidores de izquierda[8]. El motivo de la

intervención de la OTAN era el cambio de régimen a fin de completar la eliminación del nacionalismo árabe residual. Tres grupos *yihadistas* tomaron el poder, mientras bandas tribales armadas de todo tipo vagaban por el país exigiendo su parte del botín. Difícilmente puede considerarse esto una revolución bajo criterio alguno.

Gadafi había sido halagado por los británicos y los franceses para que abandonara sus pretensiones nucleares y efectuara otras concesiones

Gadafi había sido halagado por los británicos y los franceses para que abandonara sus pretensiones nucleares y efectuara otras concesiones. El envilecido asesor político de Blair, (Lord) Anthony Giddens, fue a Trípoli para darle las gracias en persona, comparando los horribles escritos del líder libio con su propia «Tercera Vía», y regresó para informar a los lectores de *The Guardian* de que Libia pronto se convertiría en la Noruega de África. Una generosa propina concedida a la London School of Economics garantizó que el hijo predilecto

de Gadafi obtuviera un doctorado en esta institución, cuya confección correspondió a Anne-Marie Slaughter. Los elogios de Sarkozy fueron igualmente generosos, lo que le valió el respaldo financiero de Libia para su campaña electoral. Todo parecía ir bien hasta que la Primavera Árabe permitió a Occidente salirse con la suya. Primero, la campaña propagandística de la ONU sobre el «deber de proteger» contra un supuesto genocidio inminente; luego, el bombardeo aéreo de la OTAN y el linchamiento de Gadafi, supuestamente sodomizado con una barra de hierro al rojo vivo después de que la inteligencia estadounidense filtrara su paradero, mientras Clinton, la secretaria de Estado de Obama, se regodeaba como una estúpida: «Vinimos. Vimos. Murió». Cinco años después, perdió frente a Trump.

Siria

En la década de 1960 hubo serios intentos de sentar las bases de un mundo árabe unificado en un momento en que tres países importantes, Egipto, Siria e Iraq, se hallaban gobernados por gobiernos radicales y nacionalistas populares en los que tantos habían depositado sus esperanzas. Todo quedó en nada debido a sus propios errores. Egipto se vendió.

Iraq fue recolonizado y dividido. ¿Cuál sería el destino de Siria? Aquí también, el levantamiento popular de 2011 fue en gran medida genuino y reflejó el deseo de que se produjera un cambio político. Las potencias occidentales se involucraron, pero su presencia podría haber sido neutralizada. Si Assad hubiera aceptado negociar durante los primeros seis meses, o incluso más tarde, podría haberse llegado a un acuerdo constitucional. En cambio, se embarcó en la represión. Se volvieron a trazar las trágicamente familiares líneas de batalla entre suníes y chiíes. Una vez que la oposición decidió tomar las armas, la suerte estaba echada. Comenzó una guerra civil y una gran parte del movimiento se vio arrastrada a una coalición confesional respaldada por Estados Unidos y sus aliados. Turquía, Qatar y Arabia Saudí enviaron armas y voluntarios a su lado. La idea de que el Consejo Nacional Sirio (CNS) era el vector de una revolución siria era tan ridícula como la idea de que los Hermanos Musulmanes lo fueran en Egipto. Se produjo una brutal guerra civil con atrocidades cometidas por ambos bandos. ¿Utilizó el régimen gas u otras armas químicas? No lo sabemos. Los ataques previstos por Estados Unidos estaban diseñados principalmente para impedir que el ejército de Assad derrotara a la oposición. Hasta diciembre de 2024, los iraníes y los rusos mantuvieron

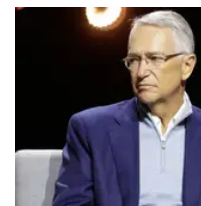
al régimen en el poder. La mayoría de los refugiados sirios presentes en el Líbano y Jordania, incluidos muchos de los que iniciaron el levantamiento, eran muy conscientes de que los ataques estadounidenses no mejorarían la suerte de su país. Los que se quedaron en casa temían a ambos bandos.

Tras los incesantes ataques lanzados contra la población palestina, los israelíes han forzado las cosas y han ocupado partes de Siria en una alianza informal con la Organización de Liberación de Levante (HTS), la rama de Al Qaeda apoyada por Turquía y los kurdos sirios. La alianza entre Israel y los kurdos se está convirtiendo en una característica de la región. Los líderes kurdos están tan preocupados por su propia situación, que han unido su destino al del cártel estadounidense-israelí. Parecen no haberse dado cuenta de la existencia de los campos de exterminio en Palestina. Volverán a llevarse una decepción. Por supuesto, y es comprensible, muchos sirios celebraron la salida de Assad, pero también lo hicieron Netanyahu y Washington. La alianza es un matrimonio hecho en el infierno. Y las noticias que llegan del país «liberado» no son buenas. Abundan los asesinatos por venganza. Siria ya no es un Estado soberano. El período poscolonial ha llegado a su

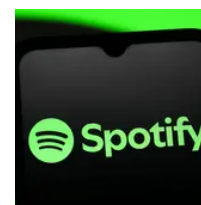
Editorial

La sospechosa actividad política del encargado de negocios de Estados Unidos en Colombia John McNamara

Noticias de hoy



La derecha mexicana se lanza contra Canal Red por su llegada a México



Lo común no se clona: IA y saqueo de la creatividad

fin. Estados Unidos quiere que los territorios conquistados adopten el modelo del Golfo. No va a ser fácil.

Irán

¿Por qué Israel está tan desesperado por acabar con Irán? Cualquier Estado soberano y bien armado de la región es considerado por los líderes sionistas como una amenaza a su existencia, los cuales han tenido una racha de éxitos rotundos en los últimos veinte años: Iraq destruido, Libia dividida, Siria ahora controlada por una coalición turco-israelí, que ha llegado a un acuerdo con sectores del aparato baazista. Pero ha habido algunas consecuencias no deseadas. La decisión estadounidense de cambiar el régimen de Iraq en 2003



**Santiago Peña
acerca a Paraguay a
la extrema derecha
de Estados Unidos y
España**



**Álvaro Quiroga
Gutiérrez, vinculado
a la Púnica y la trama
Montoro, se benefició
de 2,9 millones en
préstamos de Madrid
Network**



Diario Red

Apoyar

🌐 España ▼



América Latina **España** Internacional Editorial Opinión Medios Armas para pensar Cultura Canal Red

región, más fuerte y con más influencia de la que había disfrutado nunca. Irán además esta a punto de poder adquirir armas nucleares con relativa rapidez y el *establishment* militar y la comunidad de la inteligencia y las fuerzas armadas sionistas se sienten amenazados. Aunque todo el mundo sabe

**permanezca en
silencio"**

PUBLICIDAD

que Israel tiene trescientas ojivas nucleares y misiles capaces de alcanzar cualquier punto de Europa o Asia Central, todo rival potencial debe ser destruido.

Para Estados Unidos, la soberanía de Irán y su petróleo son una combinación peligrosa

Para Estados Unidos, la soberanía de Irán y su petróleo son una combinación peligrosa. Washington quiere controlar ambos, de modo que China y Rusia tengan que obtener luz verde de Estados Unidos antes de poder comerciar con la República Islámica. Por su parte, la cúpula clerical iraní está dividida. Los que llevan turbante ya han sido engañados con anterioridad. Apoyaron a Estados Unidos en Iraq y Afganistán, obteniendo muy poco a cambio. Su antiimperialismo es el de los necios. Lo que realmente importa es el interés nacional y ello significa impedir el colapso del sistema clerical. Hay que evitar a toda costa otra revuelta como la de 2022. Según informes procedentes de Teherán, muchas mujeres pasean estos días con la cabeza descubierta por sus calles, al igual que en Beirut. La ley «sobre el hiyab y la castidad», aprobada por la

Lo más leído



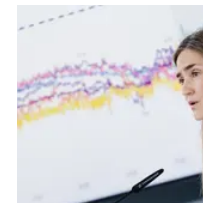
El diputado de Sumar, Jorge Pueyo (CHA), desmiente las declaraciones de Yolanda Díaz en España Pública

Asamblea Consultiva Islámica, ha sido suspendida. Pero la población se ha visto muy afectada por la crisis económica provocada por las sanciones estadounidenses, simbolizada por los cortes de electricidad generalizados, y las clases medias urbanas detestan al régimen. Algunos desearían un cambio impulsado por una intervención exterior, pero muchos valoran la relativa paz y seguridad de su Estado en comparación con la devastación que la intervención occidental ha traído a sus vecinos de Afganistán e Iraq. Una operación de corte sirio sería prácticamente imposible en Irán. La Guardia Revolucionaria no es un rival fácil, por muy sacudida que esté por sus recientes derrotas, y no hay ninguna fuerza dentro del país que pueda derrotarla militarmente. En todo caso, son ellos quienes podrían verse provocados a sustituir al régimen actual por otro más radical. A pesar de las derrotas sufridas en Líbano y Siria, el ejército iraní todavía puede contraatacar a Israel. Si Trump exige demasiado y el líder cede, no puede descartarse una acción de los *pasdaran*.

Israel-Palestina

¿Y qué hay de Israel? Noam Chomsky y Norman Finkelstein, dos destacados críticos judíos de Israel, pero durante muchas

Espejo Público



Los nombres de las centrales involucradas en el apagón (y que el Gobierno ocultó)



Álvaro Quiroga Gutiérrez, vinculado a la Púnica y la trama Montoro, se benefició de 2,9 millones en préstamos de Madrid Network

Mentir sobre las cosas importantes

El racismo se abre paso en la progresía catalana

décadas firmes opositores a la solución de un solo Estado, han declarado públicamente que Israel debe dejar de existir. Lo que quieren decir, por supuesto, es que Israel debe dejar de existir tal y como está constituido actualmente: un Estado colonialista y basado en el *apartheid*, un monstruo que lleva desde la Nakba de 1948 vengándose de los árabes palestinos por los sufrimientos infligidos por los europeos a los judíos en el pasado. A pesar de algunos desacuerdos sobre si debían adoptar una actitud más amistosa hacia el nacionalismo árabe, la mayoría de los líderes sionistas decidieron seguir apoyando a las potencias que los habían creado, ignorando la ayuda crucial que recibieron de Stalin en forma de armamento checo en 1948. De ahí la decisión de unirse a Gran Bretaña y Francia para invadir Egipto en 1956 e intentar derrocar a Nasser. Lo hicieron sin permiso estadounidense y Eisenhower se enfureció. Ni Israel ni Gran Bretaña volvieron a cometer el mismo error.

Para Noam Chomsky y Norman Finkelstein Israel debe dejar de existir tal y como está constituido

actualmente: un Estado colonialista y basado en el apartheid

Pero el problema seguía ahí. Historiadores revisionistas israelíes como Benny Morris publicaron investigaciones reveladoras que sacaron a la luz la Nakba, que él por su parte siguió justificando. Morris, que había sido paracaidista del ejército israelí, admitió que todo lo que habían dicho los líderes e intelectuales palestinos era cierto. Sí, se vaciaron pueblos a la fuerza, se robaron casas y los soldados israelíes violaron a mujeres árabes. Sí, hubo masacres. Pero, ¿y qué? Se estaba imponiendo un orden social superior y la limpieza étnica a gran escala era fundamental para el proyecto sionista. Como dijo Morris a un entrevistador de *Haaretz*: «Ni siquiera la gran democracia estadounidense podría haberse creado sin la aniquilación de los indios. Hay casos en los que el bien general y final justifica los actos duros y crueles que se cometen en el curso de la historia»^[9]. Los argumentos supremacistas judíos de este tipo son comunes hoy en día en Israel, donde al menos el 70 por 100 de la población justifica el genocidio en curso. El objetivo de los líderes sionistas, independientemente de las diferencias partidistas o doctrinales, siempre fue la creación de Eretz Israel. Se recurrió a la invención de la historia, a

referencias delirantes al Antiguo Testamento, a la minimización de las pruebas genéticas y arqueológicas y a la constante instrumentalización del genocidio judío, todo ello con el fin de dejar claro que nunca sería posible un acuerdo pacífico con los palestinos[10].

Benny Morris acaba de ofrecer un nuevo análisis de los cambios acaecidos en la sociedad israelí desde el 7 de octubre de 2023. Comienza afirmando que Israel no está cometiendo un genocidio en Gaza: «El fiscal de La Haya y todos los profesores eruditos, desde Omer Bartov en adelante, que hablan de genocidio, están equivocados». No existe una intención deliberada de exterminar a los palestinos: «Muchos de ellos han sido asesinados, pero eso no es una política». Sin embargo, escribe Morris, el genocidio podría estar al caer: «Israel podría estar en camino de cometerlo, ya inmerso en el bucle que conduce al asesinato en masa, moldeando los corazones y las mentes de la ciudadanía». Algunos podrían estar ya allí, citando a «Amalek», el enemigo bíblico que debe ser exterminado, en alusión a los palestinos, y hablando de desarraigarlos, exiliarlos y trasladarlos, tal y como hicieron los nazis antes de 1940, señala Morris. Los sionistas religiosos declaran abiertamente su deseo de arrasar Nablus y Jenin:

La deshumanización que debe arraigarse antes de que se produzca un genocidio ya está aquí. Hubo un tiempo en que un ministro israelí habló de «cucarachas en una botella» y fue reprendido. Hoy en día, apenas hay reprimendas. La opinión pública judía parece en gran medida indiferente ante la matanza masiva verificada en Gaza, incluida la de mujeres y niños. Se muestra apática ante el hambre que padecen los palestinos en Cisjordania, a quienes se les prohíbe trabajar en Israel, y ante el acoso violento que sufren allí, incluyendo el asesinato de muchos de ellos a manos de colonos durante el último año.

La deshumanización es evidente cada día, como se desprende de los testimonios de los soldados; de la matanza de civiles en Gaza; de la brutalidad mostrada por los militares y los carceleros mientras los detenidos, algunos miembros de Hamás y otros civiles, son conducidos semidesnudos a los campos de detención; de la rutina de palizas y torturas en los propios campos de detención y en las prisiones. La opinión pública judía israelí es indiferente a todo ello. Y, al parecer, los responsables políticos también lo son. Los palestinos on

golpeados sin piedad por actos de injusticia y corrupción, por manipulaciones de todas partes, por lo que se encuentran impotentes ante esta crueldad desbordante. Todos estos son signos de la deshumanización que precede y promueve el genocidio[11].

A diferencia de la BBC, la CNN y las cadenas de televisión francesas, Morris quiere dar a conocer esta deshumanización. No es indiferente, pero su sionismo sigue intacto. Atribuye la misma culpa a los palestinos por su «deshumanización de los judíos». Es cierto que su expulsión en 1948 y la opresión que han sufrido desde 1967 en Cisjordania a manos de los judíos, «a menudo con brutalidad y siempre con humillación», han contribuido a preparar el terreno en los corazones y las mentes de la población árabe, admite Morris. Todo ello solo se verá agravado por «la matanza y el desplazamiento masivo perpetrados durante los últimos 15 meses». A continuación, «retrocede en la historia», al igual que Netanyahu y su padre (también historiador), para describir todas las masacres infligidas a los judíos, «principalmente por cristianos, pero también por musulmanes», durante los últimos 2000 años.

Morris quiere otro Estado para los palestinos, pero sabe que es «inimaginable»; y si no hay un segundo Estado, habrá un

genocidio «en toda regla». No se detiene demasiado en quién ha impedido la creación de un segundo Estado: ¿la OLP? ¿Hamás? ¿O la entidad sionista, cuya «limpieza étnica» de la población palestina defendiendo? Todas las pruebas demuestran que fue Ben Gurión quien instigó la Nakba en 1948. Fue él quien ordenó al ejército israelí que matara a los palestinos si se resistían a las expulsiones, cosa que hicieron. Moralmente, no hay ninguna diferencia entre el Ben Gurión de entonces y el Netanyahu de hoy[12].

Hace veinte años, el poeta hebreo Aharon Shabtai advirtió a su pueblo sobre Ben Gurión:

NOSTALGIA

El hombrecillo rechoncho

con el látigo en la mano, en su tiempo libre

pasa los dedos

por las teclas de un piano de media cola...

*Ayudará a resolver los problemas de la economía: los
desempleados manejarán los tanques,*

o cavarán tumbas,

y, al caer la tarde,

escucharemos a Schubert y Mozart...

Pero ahora, ¿a quién encontraré, cuando salga a cenar? ¿A los carceleros de Gramsci?

¿Qué clamor se alzará

a través de la ventana que da a la calle? Y cuando todo haya terminado,

mi querido, querido lector,

¿en qué bancos tendremos que sentarnos

los que gritamos «Muerte a los árabes»

y los que decían «no saber nada»?

Las tragedias se han multiplicado desde que escribiste estas palabras, querido Aharon. Durante muchos años creí que había dos opciones. Dos Estados del mismo tamaño o un solo Estado con igualdad de derechos para todos. Si el sionismo se hubiera inclinado por alguna de ellas, cualquiera de ambas habría sido posible, aunque ninguna fuera totalmente satisfactoria. Pero Ben Gurión, Morris, Begin, Sharon y

Netanyahu prevalecieron al final. La OLP siguió pensando que Estados Unidos impondría un acuerdo y finalmente se rindió en Oslo. Israel se comporta ahora como un socio menor del Gran Satán. ¿Hay que matar a los líderes? ¿Hay que bombardear, dividir y volver a bombardear países? Adelante. A cambio, Israel puede devorar a más palestinos. Y si el millón y medio no quiere convertirse en refugiados, ¿se permitirá a los sionistas exterminarlos a todos? Al fin y al cabo, es culpa suya por ser palestinos.

Recomendamos leer Rashid Khalidi & Tariq Ali, «El cuello y la espada», *Diario Red/NLR* 147. Susan Watkins, «Puntos de referencia para comprender la coyuntura», *Diario Red/NLR* 151, y «Vichy a orillas del Tigris», *NLR* 28. Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas, Informes de la Relatora Especial sobre la situación de los derechos humanos en los territorios palestinos ocupados desde 1967, Francesca Albanese, «Anatomía de un genocidio» y «De la economía de la ocupación a la economía del genocidio». Michael Arria, «Veinte años de BDS: entrevista con Omar Barghouti, cofundador del movimiento» y Frédéric Lordon, «El sionismo y su destino», *Diario Red*. Ilan Pappé, «Fantasías de Israel. ¿Puede sobrevivir el proyecto sionista?» y «El colapso del sionismo», *El Salto*.

Este artículo ha aparecido en la [New Left Review](#), revista bimestral publicada en Madrid por el Instituto Republica & Democracia de Podemos y por Traficantes de Sueños, y se publica con permiso expreso de su editor.

[1] Véase el perfil de Sabry Hafez, «Un maestro árabe», *NLR* 37, marzo-abril de 2006.

[2] Estados Unidos hizo lo mismo en Japón después de la Segunda Guerra Mundial. Se argumentó que los intereses estadounidenses exigían mantener a Hirohito en el trono, a pesar de que había autorizado el ataque a Pearl Harbor.

[3] Office of the Historian, «Memorandum of Conversation Between the King of Saudi Arabia (Abdul Aziz Al Saud) and President Roosevelt, 14 February 1945, Aboard the USS Quincy», *Foreign Relations of the United States: Diplomatic Papers*, 1945.

[4] Robert Vitalis, *America's Kingdom: Mythmaking on the Saudi Oil Frontier*, Stanford (CA), 2006.

[5] *Ibid.*, p. 234.

[6] Hay un relato incomparable sobre el ejército egipcio tras el triunfo de Nasser y las mezquinas rivalidades y estupideces de los altos mandos, que provocaron graves reveses políticos en la región: Hazem Kandil, *Soldiers, Spies and Statesmen: Egypt's Road to Revolt*, Londres y Nueva York, 2012.

[7] Tariq Ali, «This Is an Arab 1848, But US Hegemony Has Only Been Dented», *The Guardian*, 22 de febrero de 2011.

[8] Hugh Roberts, *Loved Egyptian Night: The Meaning of the Arab Spring*, Londres y Nueva York, 2024. El primer capítulo ofrece un relato sobrio e irrefutable de lo ocurrido en Libia. Las páginas 109-113 contienen una crítica demoledora de Gilbert Achcar (School of Oriental and African Studies, SOAS), cuyos argumentos eran «exactamente la posición de las potencias occidentales». El título del libro es una referencia mordaz al llamamiento de Kipling a la Casa Blanca de McKinley, en un estilo trágico-imperial muy pulido: «Llevad la carga del hombre blanco / Y cosechad su vieja recompensa / La reprobación de vuestros superiores / El odio de aquellos que protegéis / El llanto de las huestes que conducís / (¡tan laboriosamente!) hacia la luz: / “Oh amada noche egipcia: / ¿Por qué nos librasteis de la esclavitud?”» (1899).

[9] Véase la sincera entrevista, aparentemente destinada a un público exclusivamente israelí, reimpressa por *NLR*: Benny Morris, «Sobre la limpieza étnica en Palestina», *NLR* 26, mayo-junio 2004.

[10] Véase Rashid Khalidi, «El cuello y la espada», *NLR* 147, julio-agosto de 2024.

[11] Benny Morris, «It's Either Two States or Genocide», *Haaretz*, 30 de enero de 2025.

[12] Para un estupendo estudio sobre el ejército israelí, véase Haim Bresheeth-Zabner, *An Army Like No Other: How the Israel Defence Forces Made a Nation*, Londres y Nueva York, 2020.



ETIQUETAS: Palestina, Libia, Irán, Siria, Inna Afinogenova

Más en Armas para pensar



Cuando los cuerpos de los niños hambrientos de Gaza llegan a un «punto de no retorno»



Declaración del primer Congreso Judío Antisionista



Escenas del fin del sionismo: reflexiones sobre el Primer Congreso Judío Antisionista, Viena, 13-15 de junio de 2025



Cómo funciona la economía de supervivencia en Gaza bajo el genocidio



MEDIOS INTERNACIONAL CULTURA OPINIÓN CANAL RED

QUIÉNES SOMOS LEGAL POLÍTICA DE COOKIES POLÍTICA DE PRIVACIDAD

